



EL MERCURIO 12-XII-1976 P. VII

¡Pobre Beethoven!

Por Samuel Claro Valdés

La obra musical de Beethoven corresponde a la de uno de los más grandes genios de la Humanidad. Durante su vida no siempre fue considerado como tal, pero a poco de morir hubo ilustres compositores, también catalogados como genios, que eludieron componer una novena sinfónica para no mancillar el nombre del maestro de maestros. En 1970 asistí a un congreso en Bonn, con motivo del bicentenario de su nacimiento: toda Europa se dio cita ahí para recordar la egregia figura de Ludwig van Beethoven y para escuchar de nuevo, por milésima vez, cada una de sus obras.

Hoy en Chile, como en otras partes del mundo, las radioemisoras que se dicen conductoras de la juventud, difunden, con poderosos vatios de potencia, la más grande de las profanaciones artísticas de estos tiempos: una adulteración de la Quinta Sinfonía de Beethoven, con agregados rítmicos de la música popular. Según comentaba alguien, esta versión se hizo "para dar a conocer a Beethoven", lo que viene a ser un sarcasmo solo digno de la ignorancia.

Primero fue el pobre Bach el que recibió los embates de los mercaderes internacionales de la música. Luego, lo fue el pobre Mozart, junto a otros igualmente geniales que ellos. Ahora lo es el pobre Beethoven y mañana lo serán otros, que serán recibidos con el beneplácito que los mercaderes hábiles saben obtener de una sociedad de consumo inerte y pasiva.

Si analizamos el contenido de dichas versiones, éste es muy simple: algunos fragmentos del original, a los que se agrega ritmo de lo que ahora se llama música "progresiva". En realidad, ésta debiera llamarse "regresiva" en el mejor de los sentidos, puesto que lleva a la mecanización del arte más humanamente vital que se conoce. La humanidad progresa por este camino hacia la ausencia de originalidad y a su reemplazo por los botones del órgano de transistores, que con sólo apretarlos surgen impulsos electrónicos que semejan ritmos de cumbia, jazz o lo que esté de moda. Oreos tabulados indican al nuevo intérprete-robot, sin conocimientos musicales, dónde poner los dedos para que surjan melodías ppearmonizadas.

A su vez, los compositores mercantiles son tan faltos de inspiración cuanto más embobidos están en el negociado de la mala música. Por eso, no son capaces de crear obras nuevas, sino tan sólo de utilizar aquellas que, por sus reminiscencias, les aseguren un éxito económico rotundo. Hay escándalos de faldas que hacen tambalear gobiernos. En este escándalo no hay faldas, sino que ríos de dinero destinados a pervertir el gusto musical de la humanidad.

Nuestra juventud está siendo víctima de un engaño, pues se le está haciendo creer que la actual música mercantil es la única digna de ser escuchada y que todo lo demás es cosa de "gansos", como se dice en la jerga actual. Es nuestro deber hacerles ver que existen, además, otros valores artísticos de todos los tiempos y que son dignos de ser considerados. Si no, estaremos siendo cómplices de corrientes foráneas aliadas a mercederos poderosos, cuyo máximo interés es minar los cimientos de verdad sobre los que descansa nuestra civilización, uno de los cuales es la belleza.

Aunque no comparto el concepto que sobre arte expresó hace poco Andrés Lwoff, Premio Nobel de Medicina 1965, creo con él que ésta es una de las causas porque "en la sociedad de no consumo, al igual que en la sociedad de consumo, el hombre culto está en vías de extinción".

¡Pobre Beethoven! [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Claro Valdés, Samuel, 1934-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

¡Pobre Beethoven! [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile